

— Esperanza, sí, es lo último que se pierde; pero la salvación es muy remota.

Peor amaneció el día siete. Su madre y su hermana llegaron de México violentamente, y no supo reconocerlas ni darse cuenta de su presencia. Los momentos mejores eran los en que intentaba levantarse y abandonar la cama; después le venía una tremenda sedación en que apenas si trataba de coger algo que parecía flotar en el aire, doblando el embozo de la ropa y estirando el cuerpo como para ensayarlo en la disposición que debía tomar en el ataúd.

A eso de las once le llegó un período de agitación. Pidió una vez más el caballo ensillado; pero en su delirio tenía la idea de que quien debía enjaezar á la bestia era un sargento francés que desconocía los aperos mexicanos. Miguel le cuidaba en el momento que trató de levantarse, y le dijo había orden de que no se moviese.

— ¿Cómo, dijo, acaso estoy prisionero?

— Sí, señor, respondió el oficial.

En ese momento tocó la corneta de la guardia, que iba al Principal.

— ¡Dios mío! ¡vienen por mí; me van á fusilar!... Bien está, pero que no toquen á ninguno de mis ayudantes; que les dejen, que les dejen...

É hizo un gesto tan imperativo, que no parecía sino que comprendía cuanto hablaba.

Por la noche el coma se acentuó, y en la alcoba, alumbrada por una lamparilla de aceite, no se oían sino pasos tácitos y voces quedas que comentaban la situación, que nadie juzgaba tan desesperada como era en realidad.

— Hay mucha madera todavía.

— Sujeto, si le hay; lo malo es que le ha atacado esta maldita fiebre con una fuerza...

— Pero le favorece mucho la juventud.

— Es claro; la juventud es un gran elemento.

— Peor se vió el coronel Martínez...

— ¿Y á López no le olearon?

— Caballero de los Olivos asegura que boqueó.

— Hay muchísimos casos; en estos días los hemos visto rarísimos, y ¿cómo había de ser tan rematada nuestra suerte, que el único á quien necesitamos hubiera de faltarnos?

A las diez de la noche paró en la puerta del alojamiento de Zaragoza la diligencia que llevaba al doctor Navarro. Apenas estuvo en aptitud de penetrar á la alcoba, pasó Navarro á examinar al enfermo. Tomó informes sobre la temperatura, se enteró de la marcha de la enfermedad, examinó al paciente de pies á cabeza y acabó por declarar sin reservas que aquél era un caso perdido.

— Nada se puede hacer, dijo, dejando caer con des-

consuelo las manos sobre las piernas; es negocio de horas... Es la fiebre más espantosa que haya visto.

Recetó aún algunas cosas sin importancia, y se quedó sentado en un sillón con muestras claras de desaliento.

Miguel se envolvió en su capa, y sentado á la orilla de la cama lloró con desconsuelo, pensando lleno de tristeza:

— Pero, señor, ¿cuánto más valdría que nos llevara esta maldita fiebre á tantos que de nada servimos, y que dejara vivo á este hombre que es nuestra esperanza, la esperanza de México?

Y no acababa de pensar estas cosas, cuando unos ojos azules le miraron, reprochándole su olvido, y columbró en el aire dos bracitos blancos y dos manecitas apretadas que le hacían esa señal con que se anuncian el enojo y la proximidad del desquite.

Al amanecer del ocho nadie tuvo duda de que la muerte venía á más andar. La casa se llenó en un momento de uniformes, de blusas rojas, de dormanés, de sombreros jaranos y de quepis.

Nadie hablaba, nadie se comunicaba impresiones, nadie hacía comentarios. A lo más, el recién llegado decía en voz baja un «¿Cómo sigue?», que era contestado por un tristísimo «¡Acabando!»

A las nueve, el enfermo lanzó un ¡ay! que le salía de muy hondo, y luego exclamó tristemente, pero todavía con fuerza:

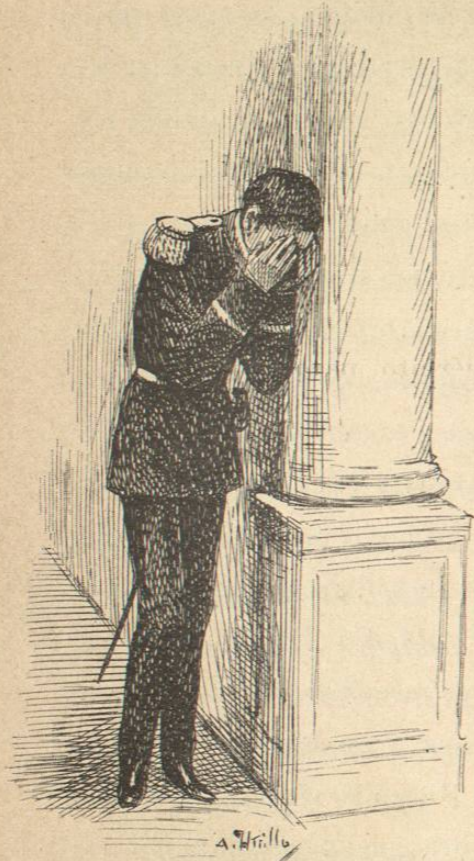
— ¡Pues qué! ¿también tienen prisionero á mi Estado mayor?... ¡Pobres muchachos!... ¿Por qué no les dejan libres?

Siguió una hora de ansiedad, en que no se oía sino sollozos cerca del lecho, y al fin, después de una fatiga en que se conocía que el cuerpo estaba ya rendido, expiró sin grandes extremos. En ese momento escribía Navarro su famoso telegrama: «Son las diez y diez minutos de la mañana: acaba de morir el general Zaragoza...»

Cualquiera creará que es tópico literario cuanto diga sobre las lágrimas del ejército, pero nada hay menos exagerado. Los que tienen el hábito de mirar la muerte frente á frente, no se endurecen por ella, sino que saben considerar lo fácil que es alcanzarla y las complicaciones que trae. Rifleros del Norte, hechos á luchar con los salvajes en el desierto; valientes guerrilleros, habituados al sufrimiento y á la escasez; soldados viejos, llenos de heridas y de glorias; gavilleros insensibles al sufrimiento propio y al ajeno; jóvenes que acababan de entrar al ejército y que veían como un Dios á su General, lloraban llenos de dolor por el hombre que perdían y por las esperanzas que se les escapaban.

Miguel se apoyó en un pilar del corredor y lloró á lágrima viva, hasta que fué alguien á pedirle las llaves del mueble en que se guardaba la ropa del General, que tenía en su poder el ayudante.

Cumplió Miguel con el deber de amortajar aquel cuerpo, depositario de un alma en que se habían contenido tantas y tan admirables riquezas y perfecciones, y el once, á las tres de la tarde, salió de Puebla, en compañía de la escolta que mandaba el coronel Escobedo, y que estaba destinada á entregar á la nación el fúnebre despojo.



Nadie puede imaginar la conmoción que causó en México la muerte de Zaragoza. No era sólo pesar, ni duelo, ni tristeza lo que llenaba á todos; había también abatimiento, desesperanza, seguridad de que habían pasado los días buenos para la patria.

Claramente lo daban á entender la circular del ministro de Relaciones y Gobernación, los artículos de Zarco y hasta los decretos que se expidieron para honrar al héroe. Se dispuso celebrar solemnes honras fúnebres en todo el país; declarar á Zaragoza benemérito de la patria

en grado heroico; que había merecido el ascenso á general de división; que se dotaría á su hija con cien mil pesos que recibiría en bienes nacionales, y teniendo, mientras se podía entregar esa recompensa, una pensión anual de seis mil pesos. También se decretaron pensiones en favor de la madre y hermana del General. A Puebla debería llamarse Puebla de Zaragoza; á la calle de la Acequia, calle de Zaragoza, y á la que se había abierto en la Profesa, calle del Cinco de Mayo.

Desde que los ayudantes bajaron el ataúd en el Palacio, hasta que consiguieron llegar á la una de la tarde á San Fernando, Pancho Schiaffino, el mismo á quien había visto Miguel mangonear el día del banquete, dirigía la marcha con una habilidad que habría envidiado el más perfecto jefe del protocolo.

— Ahora la artillería... sigue la ambulancia...

— Antes de la compañía de carabineros, los cinco cuerpos de Guardia nacional móvil y los cinco de la sedentaria.

— Tiene que preceder á ese batallón de Guardia nacional, el comandante general con su Estado mayor.

— El coche del General tiene que ir después del carro fúnebre y antes de los caballos de batalla.

Luego, de qué sabia manera colocó ministros, diputados, concejales, jueces, magistrados, junta patriótica, club Reforma y particulares distinguidos.

El mismo Schiaffino señaló lugar sobre el catafalco á los ayudantes del muerto. Miguel quedó pasmado mirando el señorío que concurrió al panteón. Se veía moverse en un mar como de tinta los sombreros de copa, las levitas negras, los estandartes enlutados, los niños de las escuelas con el moño negro al brazo, los soldados de caballería con las carrilleras de los chacós sobre la nariz, y allá á lo lejos, como término del cuadro, siete cañones que relucían como si fueran de oro fino, y un cortinaje tricolor que parecía tener prendido el retrato de Zaragoza.

El carro entró balanceando sus pompones, como si hubiera sido una barca que navegara en un piélago de aguas pesadas; bajaron el cuerpo muchos caballeros, y empezó la ceremonia.

El discurso de Iglesias fué sereno y grave. Hizo un digno panegírico de Zaragoza, en que se lamentaba la falta del soldado y del patriota, pero en que también se daban á la patria esperanzas de regeneración. «Por ahora, despedámonos del héroe, decía; ciñamos sus sienes con las coronas de flores entretejidas por nuestro agradecimiento; sacrifiquemos sobre su ataúd, convertido hoy en altar de la patria, nuestras rencillas, nuestras divisiones, nuestros odios, cuanto haya de impuro en el corazón de cada uno para prepararnos debidamente á la obra más santa de los pueblos: la conservación de la soberanía.»

Miguel no entendió el principio de la poesía de Prieto, aquella de:

¡Cadáver imponente, espectro agosto!
 ¡Ser de la nada! ¡Nada de la vida!
 ¿Qué pretendes de mí? ¿Tu labio abierto
 Se ha reservado su postrer gemido
 Para lanzarlo aquí, sublime muerto?

Mas era tal el acento de verdad que tenían aquellos versos, les daba el poeta una entonación tan sincera y como salida del alma, que no había ojos secos cuando Guillermo llegó á aquello de:

¡Horrible delirar! Ayer le viste,
 México ufano, atravesar gozoso
 Tus calles de palacios, trascendiendo
 De heroísmo y juventud. Ayer le viste
 Ardiente en el festín alzar la copa,
 Y al brindar por tu nombre y tu decoro,
 ¡Oh Patria! y por tu próspero destino,
 Esos ojos sin luz derramar lloro
 Sobre la llama del hirviente vino.

Y tú, su niña, su pimpollo, su ángel,
 Paloma que en su nido de laureles
 Vino el destino á herir, ave que en vano
 Huérfana busca su tronchada rama;
 Colibrí que revuela sin consuelo
 Junto á la flor marchita; ¡Dios proteja

Con la sombra de su ala tu inocencia,
 Flor del alma de un héroe! el pueblo ampare
 Con culto agradecido tu existencia.

La conclusión fué de un colorido soberano. Parece que se oía al cadáver dictar su última voluntad; ordenar, disponer, llevar á la derrota, al triunfo, á la gloria, á la luz, no sólo á México, sino á todos los pueblos de América.

Pueblos, en pie, á la lid, pueblos hermanos,
 Los lauros de los libres se marchitan
 Si no los riega sangre de tiranos.
 Pueblos, en pie y en fraternal abrazo
 Odio jurad al invasor impío,
 Y odio mire la cumbre del Quendio,
 Y odio alumbre también el Chimborazo.
 Pueblo, hoguera de espíritus más grande
 En que Dios hace palpitar la vida;
 Pueblo, huracán terrible y manso lago,
 Relámpago de rayo y luz de aurora,
 Gigante de poder que Dios renueva
 Con cada nueva luz... tu imperio sea,
 Y aniquile la llama de tu enojo
 Esa horda de jaguares de Crimea.
 Lucha, lucha sin fin, mi sombra quiere;
 Amor de hermanos, odio á los traidores;
 Yo os enseñé á vencer... Cómo se muere
 Enseñad á los viles invasores.
 Los labios de mi tumba gritan ¡guerra!

Guerra por la justicia y el derecho,
 Guerra á la corrompida monarquía,
 Guerra, y entre los brazos de mi patria
 La libertad del orbe alumbre el día.

Después de las tres acabó la ceremonia, durando el cadáver expuesto en el catafalco hasta las cinco en que se le enterró en medio del tronar de los cañones.

Al día siguiente volvieron á Puebla Miguel y los otros ayudantes de Zaragoza.

